

Julia de Asensi



JULIA DE ASENSI

EL AERONAUTA Y OTROS CUENTOS

Julia de Asensi

El aeronauta y otros cuentos



Julia de Asensi

Julia de Asensi y Laiglesia nació el 4 de mayo de 1859 en Madrid, España. En 1873 publica sus primeros poemas y artículos literarios en revistas y periódicos de la época. En 1875 su hermano funda el periódico *La Mesa Revuelta* y se vuelve una frecuente colaboradora, desarrollando un estilo clasificado como romanticismo rezagado. Además, armó en su casa de Barcelona una tertulia literaria a la que acudían numerosas damas.

Entre sus obras se encuentran leyendas y tradiciones populares elaboradas en verso y prosa, teniendo inclinación por la literatura infantil y juvenil. En 1876 publica su primer cuento titulado *La cruz de mayo* y su primera novela corta *La casa donde murió*, *Leyendas y tradiciones en prosa y verso* (1883), *Novelas cortas* (1889) y entre sus cuentos más populares están *Auras de otoño* (1897), *Cocos y hadas* (1899) y *Las estaciones* (1907), en donde busca, por medio de pintorescos relatos, inculcarle a los niños y niñas sanas enseñanzas.

Muere el 7 de noviembre de 1921 en Madrid. A pesar de haber vivido en una época marcada por el Realismo y Naturalismo, las cuales cambiaron el rumbo literario, fue considerada como una heredera del romanticismo de principios de siglo XIX, teniendo como inspiración a diversos autores como Bécquer, Zorrilla, Fernán Caballero y Lope de Vega. que su amor no sea correspondido. *Victoria* es la historia que llega en una botella a las manos de los padres de Gerardo, un joven que naufraga en una extraña isla habitada por un viejo y un joven y cómo todo cambia luego de un impresionante descubrimiento. *La vocación* nos habla de 3 jóvenes que creen tener clara cuál es su vocación en esta vida, a pesar de los deseos de sus padres y su tío. Finalmente descubrirán que nada vale la pena si no tienen la bendición de su familia. Por último, *La casa donde murió* nos cuenta la trágica historia de amor entre Fernando y Teresa y cómo esta termina por una enfermedad.

El aeronauta y otros cuentos
Julia de Asensi

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

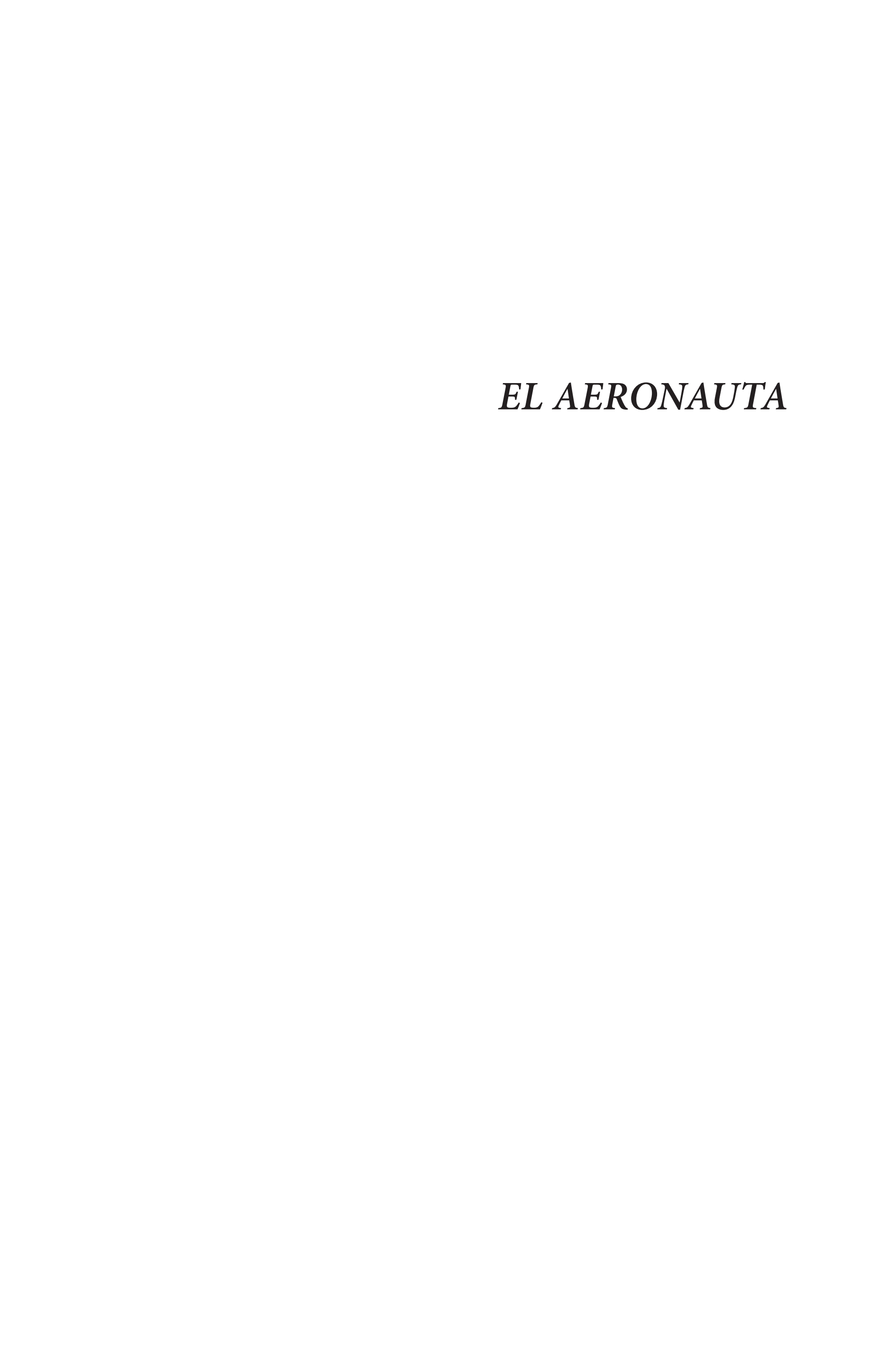
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL AERONAUTA

I

—¿No sabes lo que ocurre, Micaela?

—¿Cómo lo he de saber? Salgo de mi casa ahora, y a ti, Claudio, es al primero que he encontrado.

—Pues ha sucedido el caso más extraño que se ha presenciado en la aldea; todos estamos llenos de asombro y no es para menos.

—Cuenta, cuenta.

—Volvía anoche de pescar como de costumbre con dos compañeros, Pedro y Sebastián.

—No era la noche muy serena.

—No por cierto; silbaba el viento, el mar estaba agitado, la luna se velaba a ratos, las estrellas aparecían tristes y pálidas. No se veía más luz que la que arde en la torre de Santa María, la iglesia donde se venera a nuestra patrona bendita; lo demás de la aldea se hallaba envuelto en las sombras. De pronto vemos venir por el

aire una embarcación desconocida, una lancha pequeña con una vela enorme obscura y tan hinchada que parecía redonda, la cual fue a estrellarse contra el acantilado. El solo hombre que tripulaba la barca lanzó un grito de horror y al ver el peligro que corría se arrojó al mar donde hubiese perecido a no socorrerle mis compañeros y yo. La singular embarcación se hizo pedazos y no tardó en desaparecer bajo las aguas. El hombre estaba herido, con el vestido hecho jirones, desnuda la cabeza, las manos ensangrentadas, descompuesto el semblante. ¿Quién era aquél ser que navegaba por el aire como nosotros sobre el mar? Pedro y yo le mirábamos con receloso temor, y acaso no le hubiéramos socorrido si Sebastián no hubiera mostrado empeño por salvarle. Como el tiempo fuese a cada momento más desapacible, ganamos la orilla silenciosa y solitaria a aquellas horas. Pedro no quiso encargarse del herido por no aumentar sus gastos, él que tan pobre y desgraciado es; Sebastián alegó para lo mismo que tenía mujer y muchos hijos, y siendo su casa reducida no le era posible llevarle a ella; yo... no sé, lo que dije, pero la verdadera razón es que no me agradaba la compañía de aquel hombre excepcional. Entre los tres le condujimos a la quinta de Don Remigio Rey, el señor más rico y más caritativo de nuestra aldea.

No ignoras que entiende algo de medicina y que como este lugar tiene el mismo médico que otros tres o cuatro no recibimos diariamente la visita del doctor, siendo Don Remigio quien nos asiste cuando viene una enfermedad repentina. Llamamos y un criado nos abrió la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Traemos un enfermo.

—Mi amo descansa.

—Llámalo por caridad —dijo Sebastián—, si esperamos a mañana quizá será tarde.

No parecía muy dispuesto a complacernos, acaso nos hubiese arrojado de allí, si el dueño de la casa, que se había vestido precipitadamente, no se hubiera presentado para enterarse de lo que pasaba. Nos hizo entrar, y después que le referimos lo ocurrido, nos despidió quedándose con aquel misterioso personaje.

—¿Y qué más? —preguntó Micaela al ver que Claudio se detenía.

—Al rayar el alba —prosiguió el pescador—, he vuelto a casa de Don Remigio; allí me han dicho que el herido está enfermo de algún cuidado, que tiene una fuerte calentura y se teme que acabe en un ataque cerebral. Que las pocas palabras que ha pronunciado son de un idioma que no es latín, porque el cura no le ha entendido, ni francés porque Don Remigio lo habla a la perfección. ¿Qué ha de ser nada de eso?

—¿Por qué?

—¿No comprendes, Micaela, que este hombre navegaba por el cielo entre las estrellas, que se ha caído a nuestro mundo desde otro, y que allí no se hablará ni español, ni francés, ni latín?

—¡Ay qué miedo! ¿Y le has visto hoy?

—Me hicieron pasar a la alcoba.

—¿Y cómo es?

—Parece alto, y digo parece porque le he visto acostado; es rubio, con barba poblada y fino bigote, representa unos veinticinco años, tiene bellas facciones, los ojos,

que abrió un instante, grandes, de un azul obscuro, es blanco, pálido, pero esto tal vez sea efecto de su estado excepcional. La ropa, aunque destrozada, es inmejorable y de buen corte como si llegara de una capital o cosa así. Es un buen mozo.

—Pero viene del otro mundo...

—Eso sospechamos cuantos le hemos visto.

—¿Habrá cundido mucho la noticia?

—Todavía no.

—Pues corro a contarla. Adiós, Claudio.

—Hasta la vista, Micaela.

II

Don Remigio Rey, el señor de aquella aldea, su protector, su médico, su amo, era un hombre de unos cincuenta años, ágil, fuerte, de carácter afable y bondadoso, la providencia de los pobres. Se había casado en una capital de provincia, en la que residió algún tiempo, con una virtuosa señora de la que había tenido dos hijos, María y Santiago. Recibieron ambos educación esmerada y acaso soñaron con vivir un día en la corte, pero los padres, sin cuidarse de sus aspiraciones y sus gustos, los encerraron en aquel pobre lugar, en el que la triste niña no tenía más distracción que pasear a la orilla del Océano, descifrar alguna música o leer un rato; ni el muchacho más aliciente que la caza. La extraordinaria llegada de aquel viajero debía necesariamente romper la monotonía de su vida.

La señora de Rey, como mujer de experiencia, prohibió a María que entrase en la habitación donde con agitado sueño descansaba el desconocido, pero no hizo lo propio con Santiago que pasaba largos ratos contemplando el hermoso y pálido rostro de aquel hombre bajado del cielo,

según la creencia popular. Así es que el joven, que tenía un año menos que su hermana, no cesaba de referirle hasta el más insignificante movimiento del herido, los suspiros que se escapaban de su pecho, las palabras incomprensibles que salían de sus labios, y María ardía en deseos de verle, aunque solo fuese un instante.

A los dos días de su llegada, habiendo salido Don Remigio y estando entregada a sus quehaceres domésticos doña Mercedes, llamó Santiago a su hermana que bordaba un pañuelo junto a una ventana desde la que se divisaba el mar.

—Ven a ver al forastero —dijo el joven.

—No —respondió ella—, que nuestros padres me reñirán.

—¿Van acaso a saberlo?

—No importa, me han dicho que no entre y debo obedecer.

—He registrado su ropa y no lleva en ella ningún papel, solo un pañuelo marcado con una W. Es fino,

como la tela de todas las prendas con que estaba vestido el pobre viajero.

—¿Ha abierto los ojos?

—A veces, pero no se fija en nada.

—¿Ha vuelto a hablar?

—Pide algo, pero no le entiendo.

—¿Le han dado alimento?

—Ninguno.

—¿Y agua?

—Tampoco.

—Quizá el desgraciado tiene sed. ¿Has observado si sus labios están secos?

—No; tú entenderías de eso más que yo.

—Sí... pero no debo ir.

La joven guardó silencio y al cabo de un instante preguntó:

—¿Dónde está nuestra madre?

—Dando de comer a las palomas.

—¿Se marchó al palomar hace mucho?

—Unos diez minutos, poco más o menos.

—Suele estar media hora; quedan veinte... Santiago, llévame a ver al herido.

Una vez tomada esta resolución, los dos hermanos se dirigieron rápidamente hacia el cuarto donde se hallaba el viajero acostado en una humilde cama. Tenía una bella figura, melancólica palidez, manos blancas que cogían las sábanas con fuerza convulsiva. Al acercarse María, al oír su dulce voz que le preguntaba, ora en español, ora en francés qué deseaba, abrió los ojos y se fijó en las puras facciones de la niña, y luego miró hacia una copa que habían colocado a alguna distancia de su lecho. María la acercó a los labios del enfermo que bebió con avidez, y pronunció una sola palabra que no se parecía

absolutamente en nada a gracias en los dos citados idiomas.

—¿Es usted italiano? —le preguntó la joven.

Hizo él una señal negativa.

—¿Alemán?

Obtuvo la misma respuesta.

—¿Inglés?

Contestó afirmativamente, añadiendo frases que los dos hermanos no entendieron.

—Entonces no viene del cielo —murmuró Santiago.

—¿Lo has creído alguna vez? —dijo María.

—¿Porqué no, cuando todos los del pueblo lo aseguran?

—Porque son unos ignorantes.

Él no podía decir de dónde llegaba, no los comprendía, lo mismo que los dos hermanos a él. A pesar de sus vastos

conocimientos se había negado a aprender más lengua que el idioma patrio, no presintiendo que algún día había de serle necesario otro. En inglés les preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué tierra es esta? ¿Dónde me han encontrado y por qué me han socorrido? ¿Estaba yo solo? En ese caso, ¿qué ha sido de mi compañero de expedición? ¿Quién ha recogido mi globo, que perdido en los aires, vagaba por el espacio hacía algunos días sin que pudiésemos adivinar donde caeríamos? ¿De qué me han servido mis estudios si he sido juguete de mis sueños, de mis esperanzas y de mi ambición?

Y María entre tanto le decía en español, hablando en voz alta y marcando mucho las frases para ver si lograba hacerse entender:

—¿Tiene usted familia? Dígalo en tal caso para que la avisemos que se ha salvado milagrosamente de la muerte. ¿De dónde es usted? ¿Desea comer algo? ¿Beber más? Mi padre es bastante hábil y le curará; yo se lo pediré a Dios y a la Virgen y mi madre también, que es excelente, aunque finja ser algo severa con mi hermano y conmigo para educarnos mejor. Cuando usted se levante, iremos a ver el pueblo; es pequeño, pero no feo, que no puede

serlo un lugar con casitas blancas como palomas, oscuras montañas, mar agitado, cielo azul y frondosos bosques. Una gran joya con perlas, zafiros y esmeraldas parece a lo lejos.

—Pero una joya que a ti no te agrada —interrumpió Santiago.

—Te equivocas; hoy me parece más bonita.

—¡Qué poco semejante es el idioma que usted habla al mío! —exclamó el enfermo, que no había comprendido nada y que tampoco podía darse a entender—; ¿que tierra es esta? Ni mi desgraciado amigo ni yo sabíamos dónde iríamos a parar. No teníamos víveres, la válvula estaba inutilizada, hacía días que nos hallábamos en inminente peligro. El estudio no nos seducía ya, el hambre y la sed nos aniquilaban; como a través de un velo, veo al pobre Jorge despedirse de mí y perderse en el espacio. ¿Porqué abandonó el globo? ¿Fue creyendo salvarse o por salvarme a mí? Todo me dice que el infeliz ha muerto. Niña de negros ojos, dime el nombre de tu patria, sepa yo al menos donde estoy y cuantas leguas me separan de la amada tierra donde nací, de mi buena madre y mis jóvenes hermanas. Ellas no tienen los cabellos oscuros

como tú, la mirada brillante y la tez morena, ellas son blancas como la nieve, rubias como ese rayo de sol que penetra por la ventana, y sus ojos son azules como ese cielo que se divisa desde aquí y que me prueba que me hallo en un país meridional. Son jóvenes como tú, mi angelical Catalina y mi dulce Matilde, estarán pensando, llorando y rezando por mí, y... quizá no volveré a verlas.

—El tiempo se pasa volando, caballero, mi madre va a venir, me retiro.

—La fortuna, diez años de vida, todo lo diera por estrecharlas una vez entre mis brazos.

—Está cuidando las palomas a las que es muy aficionada, pero no tardará en volver y si me hallase aquí...

—¿No me comprendes?

—¿Quiere usted algo?

—Aprende mi idioma, por Dios.

—Mañana volveré, caballero.

III

Así lo hizo María. Cuando sus padres se ausentaban iba a visitar al herido, acompañada de Santiago que miraba con la mayor curiosidad al extranjero. Este se reponía lentamente, pues su espíritu sufría más que su cuerpo. El desgraciado no tenía ropa, ni dinero y se veía obligado a aceptarlo todo de Don Remigio. Varias veces había empezado a escribir, pero el cansancio le rendía antes de acabar la carta: había intentado poner un telegrama, pero no le habían entendido, ni había en aquel lugar estación telegráfica. La desesperación del joven no tenía límites, y solo conseguía calmarle la presencia de María que adivinaba algunos de sus deseos, realizándolos al instante. Ella le enseñaba un poco de español nombrándole los objetos que tenía a la vista; él repetía las palabras y las conservaba en su memoria, pero no podía sostener una conversación con la joven. De esto resultó que los temores de la señora de Rey se realizaron, que su hija se enamoró del forastero sintiendo por él una pasión pura y vehemente, y que la desgracia fue mayor de lo que sospechó la previsora madre, puesto que el inglés, a quien solo distraía la niña, no correspondió a aquel

sentimiento amoroso más que con una sincera amistad, estando decidido a partir en cuanto pudiese para no volver a aquella hospitalaria tierra. Su estado físico se mejoró al fin, pero el moral inspiró al médico serios cuidados. Aquel enfermo que no podía decir lo que sentía, que tenía un gran pesar porque no regresaba a su país, ni sabía de su familia; aquel amante de la ciencia por la que había abandonado al uno y a la otra, que pensaba en su compañero de viaje, al que juzgaba muerto para prolongar su vida, estaba eternamente triste y le parecía que insultaban su pena aquel sol siempre radiante y aquel cielo azul y despejado.

Una mañana logró al fin escribir una larga epístola. Puso el sobre, lo cerró y dio aquel pliego a Santiago que al punto se le entregó a María. Estaba dirigido a una señora llamada Juana Smith y lo enviaba a Londres. La niña ordenó a su hermano que llevase aquella carta al correo, que le pusiera un sello, procurando disimular su pena porque no dudaba que al recibir aquel aviso la madre del viajero le haría volver enseguida a su lado. Mucho lloró la pobre joven y aún tenía los ojos enrojecidos cuando entró en el cuarto del convaleciente. Él la miró asombrado, le preguntó medio en inglés y medio en español la causa

de sus lágrimas y María sin contestarle inclinó la cabeza sobre el pecho. Acaso adivinó entonces el amor de la niña, porque no la interrogó más, mostrándose desde entonces más retraído con ella.

Los días fueron pasando, lentos para el viajero, rápidos para la joven.

Una tarde que aquel se hallaba sentado junto a la ventana contemplando el mar, oyó de pronto el alegre ruido de las campanillas de dos mulas y el sonido de un carruaje. Era el que conducía a los pasajeros desde la cercana villa a aquella aldea. Detrás del coche que al fin apareció a corta distancia de la casa, corrían algunos chicos del pueblo gritando y riendo porque en el interior iban tres señoras con largos abrigos y grandes sombreros, cabellos muy rubios y rizados, ojos azules sin expresión y mejillas rojas en la madre y sonrosadas en las hijas.

Al verlas bajar cuando el carruaje se detuvo, el inglés lanzó una exclamación de júbilo, salvó corriendo la distancia que le separaba de las viajeras, y después de hacerlas entrar y de cerrar la puerta para entregarse sin importunos testigos a las expansiones de su alegría, las abrazó con cariño.

—¡Madre, Catalina, Matilde! ¡Qué feliz soy al volver a estrecharlas contra mi corazón!

—¡Walter querido! —exclamaron ellas prodigándole tiernas caricias.

María y Santiago llegaron en aquel instante y el joven los presentó a su familia. Mirándose con curiosidad primero, con interés después; la señora de Smith alargó por fin su mano a los amigos de su hijo y las dos hermanas besaron a la niña. Almorzaron con los señores de Rey, hablándose los unos y los otros sin entenderse. Por la noche la señora de Smith quiso saldar sus cuentas con Don Remigio entregándole una crecida suma, que el caritativo caballero rehusó con dignidad.

—Déselo usted a los pobres —murmuró—; yo a Dios gracias nada necesito.

María estaba cada vez más triste; comprendía que el momento de la separación se aproximaba.

En efecto, a la mañana siguiente, la señora de Smith y sus hijos debían partir a la vecina ciudad para dirigirse desde allí a Inglaterra.

Las tres damas repitieron sus palabras de reconocimiento a los señores de Rey y a los jóvenes y subieron al carruaje que las había conducido la víspera. Walter se despidió a su vez de Don Remigio, de su esposa y de Santiago. Al aproximarse a María, estrechó entre sus ardorosas manos las frías y trémulas de la niña, diciéndole:

—Mi primer cuidado al llegar a Londres será buscar un profesor que me enseñe el idioma de usted; quiero escribirle y entender lo que me escriba. Jamás olvidaré su afecto y su tierno interés. En ninguna parte me hubiesen asistido como aquí. Usted me contará lo que hace, sus amores, los detalles de su boda cuando se case, me hablará de su nueva familia, de su felicidad que deseo más ardientemente que la mía. Yo ¿qué le referiré? mis viajes, mis estudios, mi gloria si la alcanzo...

—¿Volverá usted a subir en globo? —preguntó María.

—¿Por qué no? En cuanto llegue a mi patria tal vez. Echaré de menos ¿por qué negarlo? para mis viajes aéreos al fiel amigo que me acompañaba y cuyo cuerpo destrozado se ha encontrado al pie de una montaña, según mi madre me ha dicho. ¡Pero hay tantos amantes

de la ciencia! Otro vendrá conmigo y reemplazará en todo, menos en mi afecto, a mi inolvidable Jorge. Adiós, María, acuérdese de mí.

El joven subió al coche muy conmovido, sin que la niña, que no podía contener sus lágrimas, le dirigiesen una palabra más.

IV

Lentamente trascurrió el tiempo para los dos hijos de Don Remigio Rey. Ya no les agradaba su tranquila existencia, ya la aldea era insoportable para ellos y tristes y pensativos paseaban a la orilla del mar deseando un cambio completo en su vida.

Algunas veces hablaban del inglés, de aquel Walter Smith que se presentó ante ellos como una aparición, del que no habían vuelto a saber nada, aunque calculaban que podía haber aprendido de sobra el español. ¿Había olvidado su promesa? Era más que probable.

Los padres de María habían concertado el casamiento de la joven con un pariente lejano de doña Mercedes, el que se había establecido en la aldea con el solo objeto de tratar a la joven y hacerse amar por ella. Santiago aconsejaba también a su hermana que se casase.

—¿Cuál es tu porvenir? —le preguntaba—; nuestros padres se van haciendo viejos y su anhelo es dejarte colocada porque yo no soy un gran apoyo para ti. Algún

día también podré crearme una familia y entonces, a pesar de que mi cariño no te faltará nunca, te encontrarás muy sola.

—No amo a José —contestaba siempre María.

—¿Amas a otro?

—A nadie.

—Yo hubiese querido para esposo tuyo a un hombre como Walter Smith; pero cuando este no ha vuelto a ocuparse de nosotros, prueba es de que su afecto no duró más que la breve temporada que estuvo al lado nuestro, y no debemos pensar más en él.

María suspiraba al pronunciar su hermano estas palabras y no le respondía. Al fin, mucho tiempo después de la partida del aeronauta, recibió la joven una carta fechada en Londres, que estaba escrita en un español bastante correcto y que decía poco más o menos así:

«Si usted, amiga María, hubiese continuado siendo mi profesora, hace muchos meses que hablaría su idioma a la perfección; pero por desgracia no he encontrado un

buen maestro hasta hace poco y esta ha sido la causa de mi inconcebible y prolongado silencio. ¿Para qué escribirle si usted no me había de comprender?

Acaso me habrá juzgado ingrato, pero el cielo sabe que no lo soy; recuerdo siempre con melancólico placer los días que con usted he pasado y en los que se me aparecía como el arcoiris después de la tempestad. Terrible era la que reinaba en mi alma, y si no me volví loco, lo he debido únicamente a usted.

He hecho desde que me alejé de España un viaje más de recreo que de estudio; nada ocurrió durante él digno de mención, no hubo peligros, ni impresiones, ni ningún descubrimiento notable; he visto desde una inmensa altura, en la barquilla de mi globo, que es nuevo y le he puesto el nombre de usted, montañas que no son las de su aldea, y mares cuyas olas no han arrullado su cuna jamás; no he deseado descender sobre las unas ni sobre los otros; no he querido añadir un capítulo a la novela empezada en ese rincón de la tierra y que no se acabará nunca.

Usted y yo hemos nacido con alas; pero a usted se las cortaron desde que vino al mundo y no cruzará jamás el

espacio; yo en cambio solo vivo feliz en él y mis amores y mis amistades no se hallan aquí abajo; debo querer como se quiere en el cielo.

Usted se casará algún día con un ser que, aunque no la comprenda, la admirará; yo no me crearé una familia, porque moriré de un modo desgraciado y no envolveré a nadie en mi desdicha. Estoy plenamente convencido de ello, y sin embargo, no desisto de mis viajes aéreos y pronto, muy pronto emprenderé uno, el último tal vez.

¿Quién sabe si cuando llegue esta carta, a sus manos no existiré ya? Conozco su corazón generoso y sé que derramará algunas lágrimas por mí, y sin embargo, yo no quisiera que me llorase; sus ojos son tan bellos como tranquilos y no los debe empañar ni la más ligera nube.

Acaso advertirá usted en mi carta un tinte de melancolía que no me es dado desechar; mi alma está algo enferma y no comprendo lo que podrá curarla.

Quizá será por la inactividad forzosa en que he vivido durante tanto tiempo, por eso quiero extender de nuevo mis alas y volar lejos, muy lejos.

Adiós, María, deseo que no me olvide usted, que me consagre un recuerdo como a un hermano querido en pago del afecto fraternal que me inspira. He nacido en un país donde la amistad no se finge ni se vende; al decirle que cuenta con la mía es igual que si le asegurase que no hay en la tierra peligro ni desgracia que no arrostrase por usted, su afectísimo,

WALTER SMITH».

Mucho lloró la pobre niña al leer estas líneas, mucho rezó para que Dios librase de todo peligro al intrépido aeronauta, pero los días de aquel extranjero a quien amaba ardientemente estaban contados y María no tuvo ya más cartas de él.

V

Apenas habían trascurrido dos semanas, recibió Don Remigio Rey un periódico de la corte hallándose con toda su familia en el espacioso comedor de la casa.

Lo estaba leyendo en voz baja alzándola solo cuando algún párrafo llamaba su atención y comprendía que era de interés para su mujer y sus hijos. Ya había leído muchos indiferentes para María, cuando el bienhechor de aquella aldea, exclamó:

—¡Pobre joven! ¡Cuánto siento haberle conocido!

—¿A quién? —preguntó doña Mercedes.

—A aquel inglés que se albergó en nuestra casa hace tiempo, cuando herido y desesperado estuvo a punto de morir.

—¿Qué le ha sucedido? —interrogó Santiago—, que no olvidaba nunca a Walter.

—Oigan —prosiguió Don Remigio. Y leyó lo siguiente:

«Los periódicos ingleses nos dan cuenta de la última ascensión en su globo Mary del célebre e ilustrado aeronauta Mr. Smith.

Sabido es que este noble joven, en época aun no lejana cayó en el mar después de un peligrosísimo viaje, debiendo su salvación a unos humildes pescadores de una de las más miserables aldeas de nuestra España, según ha referido la prensa de Londres.

Mr. Smith ha sido esta vez menos afortunado; después de algunos días de incesantes riesgos, el aeronauta y dos amigos que le acompañaron en su ascensión, se han estrellado contra unas rocas donde el destrozado globo, que bajaba con una rapidez vertiginosa, los arrojó.

Como ninguno de los viajeros ha sobrevivido a la catástrofe, se ignoran por completo los detalles de la expedición.

Los cuerpos de los tres tenían numerosas heridas y contusiones.

Los cadáveres han sido entregados a las respectivas familias, habiendo asistido al entierro una muchedumbre

inmensa que fue a rendir el último tributo de cariño, admiración y respeto a los distinguidos aeronautas que en lo más hermoso de su juventud habían dedicado, su vida al estudio y a la ciencia.

Mr. Smith era muy amante de España y poseía nuestro idioma; había publicado unos artículos sobre nuestro país, por ellos sabíamos que había caído una vez en cierta aldea...»

—¿Qué tienes María, te has puesto mala? —interrumpió doña Mercedes.

En efecto, la pobre niña que tanto había amado a Walter desde que le vio, al oír su trágico fin había perdido el conocimiento.

Mucho lloró a su amigo, y el recuerdo de este no se borró de su mente jamás. Diariamente leía la única carta que recibiera del inglés; entonces le parecía que él la hablaba, que le veía, que le escuchaba, que no había de separarse nunca de él.

El tiempo mitigó su pena, pero nada más.

Dos años después consintió en casarse con su primo que, hombre vulgar y un tanto grosero, no la hizo feliz.

La vida de la joven se pasó triste y solitaria; fue fiel a su esposo, y sin embargo, si él hubiera tenido más corazón y más inteligencia, hubiera comprendido que en su alma solo reinaba la imagen de un muerto.

Frecuentemente se sentaba mirando al mar y contemplaba las nubes, ya pardas; ya rojas, estremeciéndose cuando un pájaro cruzaba el espacio, porque al aparecer como un punto negro en el horizonte un recuerdo asaltaba su mente.

María esperaba siempre algo que había descendido ya una vez del cielo, creyendo que aun podía de nuevo descender.

VICTORIA

I

El buque mercante, Juan-Antonio, que iba de España a América con una numerosa tripulación y pasajeros no escasos, se perdió durante la travesía sin que nadie lograse saber su paradero. ¿Habían muerto todos los hombres que llevaba a bordo? No quedó sobre esto la menor duda cuando transcurrieron algunos meses y se vio que ni uno parecía.

El capitán era una persona muy estimada y conocida por su experiencia y su valor; ¿qué habría ocurrido para que tuviese su viaje tan mala fortuna?

Se habló de una horrible tormenta, se imaginó un incendio, se inventaron cien historias a cual más absurdas; que había caído en poder de un pirata... en fin, lo cierto es que no pocas familias vistieron luto a consecuencia de aquella espantosa desdicha.

Entre los pasajeros iba un joven que por vez primera se separaba de sus padres y hermanos, que había acabado con lucimiento dos carreras y que no llevaba al nuevo

mundo más objeto que el de estudiar aquella tierra desconocida para él.

Se llamaba Gerardo Ávalos, y se había captado las simpatías de cuantos le trataban, por su ameno trato y excelente carácter.

Convencidos los padres de que el mar había servido de tumba a su hijo, elevaron a la memoria de este un sencillo mausoleo que rodearon de plantas, y la tristeza reinó para siempre en su hogar.

Mucho tiempo después, cuando ya se habían casado los otros hijos y vivían solos los dos ancianos, un hombre solicitó con empeño verlos y logró ser al cabo recibido. Parecía un pescador por su traje y por su traza, y se mostró muy turbado al hallarse en presencia de los dos señores. Instado por ellos a hablar se expresó de este modo:

—Hace menos de un mes, encontré en el mar una botella perfectamente cerrada, que supuse contendría algún licor y que se habría perdido en algún naufragio. La abrí al verme solo en mi casa y contenía un rollo de papeles muy finos, escritos con letra menuda y dirigidos a ustedes. Su lectura no tenía interés para mí.

El que había trazado esas líneas y hablaba desde un país desconocido con sus padres, rogaba encarecidamente al que encontrara la botella que la trajera aquí, donde sin duda sería espléndidamente recompensado. Soy pobre y vengo a vender estos pliegos que considero, si no de utilidad material, de alguna importancia para ustedes.

Los dos ancianos se conmovieron al ver la letra de su hijo perdido y pagaron más que se les había exigido, sin titubear.

El pescador desapareció en seguida, y al quedarse solos los dos viejos, no tuvieron más afán que el de enterarse del contenido de aquellos pliegos.

No sin dificultad los leyeron repetidas veces, llamando después a los hermanos de Gerardo para enterarles de tan singulares sucesos. El manuscrito del náufrago, decía así:

II

«¡Cuánto hemos luchado con las olas! ¡Qué capitán tan valiente! ¡Qué tripulación tan admirable!

No he visto una tormenta semejante nunca. Lejos de todo puerto, sin ningún buque próximo, teníamos forzosamente que perecer. El nuestro se iba a pique por momentos; los botes donde se arrojaban los pasajeros con desesperación, desaparecían pronto en el revuelto mar. Recuerdo que me así a una tabla y que perdí el conocimiento.

¿Qué pasó después? No puedo sino hacer conjeturas. Sin duda una ola me lanzó a unas peñas, donde me herí ligeramente y en las que me hallé casi desnudo, rendido, calenturiento, sintiendo el doble martirio del hambre y de la sed.

Me incorporé, dirigí mis miradas al Océano apaciguado ya, y no vi los restos del Juan-Antonio, que debía haberse sumergido por completo.

Era indudablemente el solo náufrago salvado. ¿Qué iba a ser de mí?

La tormenta había cesado; esta nos había sorprendido muy de mañana, y era bien entrada la tarde cuando logré hacerme cargo de mi situación.

¿Hacia qué punto me encontraba? ¿Había alguna hospitalaria tierra cerca de allí? ¿Hallaría quien me socorriese?

No sin dificultad conseguí levantarme, y caminando muy despacio, subí por las peñas. Estando a bastante altura vi que al lado opuesto había un paisaje encantador, una isla de verdura con magníficos árboles, bellos arbustos y preciosas y variadísimas flores. Aquel ignorado edén, a pesar de su hermosura, no dejó de entristecerme, porque parecía inhabitado.

Casi arrastrándome, bajé a él y vi en algunos de sus árboles y al pie de estos, desconocidos frutos que mitigaron mi sed y reanimaron mis desfallecidas fuerzas. La isla no parecía grande, pero no la pude recorrer aquel día porque era tarde, temía me sorprendiese la noche y además estaba muy cansado. Busqué un sitio donde

pudiera dormir y encontré un lecho de césped. Cerré los ojos y permanecí en profundo reposo hasta la mañana siguiente.

El sol bañaba la isla con sus puros rayos; las flores, cuajadas de rocío, despedían gratísimos aromas y parecían adornadas con magníficos brillantes; los pájaros, de mil colores, cantaban en las ramas de los árboles, y jamás concierto alguno fue para mí tan bello como aquella encantadora música.

¡Cosa extraña! Algunas avecillas comían los frutos caídos, ya maduros, y al acercarme yo no se asustaron ni huyeron de mí; hubiera podido cogerlos sin la menor dificultad. Gigantescas mariposas, azules como el cielo las unas, negras como mis sombrías ideas las otras, encarnadas y de variados matices las más, volaban de una en otra planta, bebiendo en los cálices de las flores las perlas de la aurora.

Habiendo recuperado mis fuerzas casi por completo, quise conocer aquel desierto, que era mayor de lo que suponía, y anduve por él largo rato, sin que nada nuevo excitase mi atención. Pero de repente me detuve ante lo más extraño que hubiese podido hallar allí. En el húmedo

suelo vi las huellas de unos pies grandes y mal formados, seguidas de otras de pie de niño o de mujer, pie breve, elegante, digno de ser esculpido por el más hábil artista. ¡Había, pues, en la isla, dos seres humanos!

Pensé en el Paraíso, en aquel edén perdido por nuestros primeros padres, que debió ser algo semejante a este lugar. Y para que la ilusión fuese completa, una serpiente, enroscada a un árbol, me miró con sus brillantes ojos, y a mi entender de una manera hostil.

Es cierto que las huellas del pie del hombre no podían hacer pensar en la belleza de Adán, pero en cambio, las del pequeño... Como el príncipe de la Cenicienta, yo empezaba a encantarme no ante un zapatillo de seda, sino ante la señal dejada en la tierra por un precioso pie. ¿Dónde se ocultaban ambos seres?

En balde los busqué por todos lados y sospeché que se escondían de mí.

La soledad me aburría; felizmente el hallazgo de una caja que contenía algunos pliegos de papel, una pluma de ave y un líquido que, aunque no era tinta, podía suplirla bien, me sirvió de distracción, y me guardé todo,

proponiéndome trazar mis impresiones en aquellas abandonabas páginas, por si acaso algún día me era fácil enviarlas a Europa, o llevarlas yo mismo a mis padres. Aquellas líneas, sin embargo, las he roto después; el estado de excitación en que me hallaba, el hambre y la sed que sufrí, mis luchas con inmundos reptiles, no me permitían escribir con orden ni concierto y solo muchos días después, empecé estas memorias destinadas al mismo objeto, pero trazadas bajo una más grata impresión.

Cuatro días habían trascurrido desde mi llegada a la isla, sin que lograra hacer ningún descubrimiento. Una violenta fiebre me consumía, y perdida toda esperanza de salvación, me resigné a morir. ¡Y de qué muerte! En aquel paraje había caza que yo no podía matar para mi sustento, porque no tenía armas; veía en el mar peces, para coger los cuales no tenía redes; me moría de sed, y aquella agua salada que bebía en mi mano no hacía sino aumentarla de una manera cruel.

Ya no tenía fuerzas para moverme, y en aquel lecho de césped, donde me eché la primera noche, me acosté también para dormir el sueño eterno.

Di un mudo adiós a mis padres, a mis hermanos, a mis amigos; pensé en mis ilusiones desvanecidas, en mis irrealizables esperanzas y ambiciones que me habían separado de los seres que amé y me amaron en la tierra y cerré los ojos pensando que no volvería a abrirlos jamás.

La noche estaba hermosa y despejada, la luna iluminaba el paisaje, cantaban los pájaros y las flores me enviaban sus mágicos perfumes.

De repente creí escuchar rumor de pasos, pero de pasos que se recataban, y una sombra se divisó a corta distancia que fue acercándose a mí lentamente.

Un rostro se inclinó sobre el mío o le miré y vi una figura encantadora, con cabellos castaños, largos y flotantes, ojos claros, delicada frente, boca de grana. Los rizos rozaron mis labios y los besé. Llevaba un traje masculino de pieles y plumas, un verdadero traje de salvaje, que completaban un arco echado a la espalda y un carcax con flechas.

—¡Víctor! —gritó una voz a lo lejos.

—¡Padre! —contestó el ser que me miraba.

¡Oh, desencanto! Mi Eva era un niño o más bien un adolescente; en aquel paraíso faltaba el mejor ornato, la mujer.

—¿Qué haces? —repuso el padre.

—Ver si se ha muerto ya de hambre el forastero.

—¿Está ahí?

—Seguramente.

—¿Muerto?

—No, vivo.

—¿Respira?

— Sí —contestó riendo—, respira y... besa.

El padre, alarmado, se acercó a mí, yo volví a cerrar los ojos y procuré no moverme.

—¡Como todos! —murmuró, sin que entendiera el significado de sus frases—; si no quiero tener graves disgustos, será preciso que me libre de él.

—No le mates, padre —dijo el niño con su dulce voz.

—¿Por qué? —preguntó el viejo, preocupado.

—Porque es joven y bello y... porque me es simpático.

—¿A ti?

—No lo extrañes —prosiguió Víctor—, no he tenido un amigo jamás, tú eres ya viejo para acompañarme, este pobre náufrago vendrá a cazar conmigo, tenderemos juntos nuestras redes, nos haremos mutuas confidencias, él explicándome lo que ha visto más allá de estos mares, yo contándole mis sueños.

—No puede ser.

—Tú dices que no vivirás muchos años —continuó el adolescente—, y que yo no podré salir nunca de aquí, porque estamos en un oasis en medio de un desierto de agua; ¿qué quieres que haga solo cuando tú me faltes? Catorce años hace que estamos aquí, y este es el primer hombre que llega a la isla; acógelo como a hermano y ofrécele tu leal hospedaje.

Esto era dicho en correcto castellano y el viejo respondía en la misma lengua; indudablemente me hallaba entre dos compatriotas míos.

—Había jurado que no verías a un hombre jamás —murmuró el padre.

—Dios te hace faltar al juramento y no tu voluntad. Vamos, sé complaciente, déjame darle de beber.

El niño se arrodilló a mi lado y me presentó una redoma hecha de una extraña raíz; la acercó a mis labios y yo, dejando ya el disimulo, bebí con avidez. No sé lo que era aquel líquido, pero lo encontré delicioso.

Víctor me contemplaba con infantil curiosidad, mientras su padre, triste y pensativo, fijaba en nuestro grupo una distraída mirada. Debía ser bastante viejo; tenía los cabellos y la larga barba de una blancura deslumbradora, e iba vestido igual que el adolescente.

—¿Cómo se llama esta isla? —le pregunté.

—Victoria —contestó el anciano.

—¿Pertenece a Inglaterra?

—No, es mía y le he dado el nombre de mi hijo.

—¡Ah! ¿Es de usted?

—Nadie conoce este lugar más que los tres; la casualidad nos trajo a esta tierra hace catorce años, de igual modo que a usted hace cuatro días. Me era grato nuestro aislamiento, pero ya que está aquí y que Víctor se interesa por usted, viva, pero ojalá no tengamos nunca que arrepentirnos, usted de haber llegado, ni de haberle recibido yo.

Salvada mi existencia, gracias a la intercesión del mancebo, fui curado por su padre, pero no me dieron un asilo en su morada. Esta estaba en las rocas, formada por grutas naturales, en las que no me permitieron entrar.

La más dulce amistad nos unió en breve; el viejo era un sabio, el niño una criatura encantadora, buena y sencilla, a la que no se podía menos de amar.

El primero me refirió su historia. Ya anciano, se había casado con una bella joven que pagó sus beneficios, pues

la había sacado de la miseria, con la más negra ingratitud. Un día huyó de su hogar, dejándole un hijo de pocos meses, triste fruto de aquella unión.

Vivió él desesperado, anhelando vengarse de aquella infame mujer. Supo que iba a partir para América y tomó la resolución de seguirla en el mismo buque. Este naufragó, después de extraviarse, como el Juan-Antonio, y como este quedó sin capitán, sin tripulación y sin pasajeros. El padre de Víctor sabía nadar muy bien; cogió a su hijo, lo sujetó como pudo a su cuello y se arrojó a una balsa rechazando duramente a su mujer que quería seguirle o imploraba su perdón. Fueron juguete de las olas mucho tiempo, y ya de noche, sin saber dónde estaban, la balsa se estrelló contra las peñas, arrojando al agua al padre y al niño. Después de inauditos esfuerzos llegaron a la isla, de la que no pudieron salir más. Como era hombre entendido, encontró el medio de vivir en aquel país inculto, no careciendo de nada. Enseñó a leer y a escribir a su hijo, y la caja encontrada por mí contenía un papel y una tinta hechos por él. No le hablé de aquel hallazgo, porque me convenía conservarlo.

Yo no tenía historia, y le referí lo poco que mi pasado encerraba. Creo que llegó a reconciliarse conmigo.

Sin embargo, notaba siempre en él algún recelo y mi amistad por Víctor le contrariaba vivamente. ¿Temía que compartiese conmigo el cariño que antes el joven le profesaba únicamente a él? Cuanto más se obstinaba en separarnos, más el niño deseaba aproximarse a mí; buscaba mi conversación y mi presencia, y por mi parte también me sentía atraído hacia él por una misteriosa simpatía.

Víctor deseaba estar a solas conmigo, pero su padre nos acompañaba siempre; a pesar de su avanzada edad, el cansancio nunca le rendía, y ya fuésemos de caza, ya a recorrer la isla, no nos abandonaba jamás.

Dos veces le sorprendí pronto a lanzarme una flecha, una de esas flechas de los salvajes cuya herida es mortal; pero al verse descubierto, cambió con destreza la dirección y no me atreví a reprocharle nada. Quizás aquello había sido una ilusión mía, nada indicaba que tuviese tan grande animosidad contra mí.

Comía en medio del campo con el viejo y el niño, y pronto adopté su traje y sus costumbres».

III

Seguían a estas páginas otras muchas en las que Gerardo Ávalos narraba sucesos sin importancia de su monótona existencia, viendo pasarse los días y los meses sin pena por hallarse en aquel destierro, si se exceptúa la que le causaba el estar separado, quizá para siempre, de su familia, y luego continuaba así el manuscrito:

«Para celebrar el aniversario de mi llegada a la isla Victoria, el viejo me convidó a visitar su gruta por la primera vez; quería que comiésemos allí.

Era su morada bellísima y no carecía en absoluto de comodidades, como había sospechado. Había en ella muchos objetos que no podían estar fabricados por el anciano, y este me dijo que, en efecto, eran restos de un naufragio, el del buque en que iba él, que pudo recuperar milagrosamente sacándolos más tarde del mar.

La mesa estaba puesta, sobre ella se veían apetitosos manjares y extrañas bebidas. Aprovechando una momentánea salida de su padre, Víctor me dijo:

—Bebe de todo lo que quieras, menos de ese licor verde.

—¿Acaso está envenenado, niño? —le pregunté.

—Pudiera ser —me respondió.

—¿Tan mal me quiere tu padre?

—Te odia.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? —repitió mirándome con ternura—, porque yo te adoro y tiene celos.

Aquellas palabras fueron una revelación para mí; no eran las frases que podía emplear un amigo para otro amigo, no era posible que salieran de otros labios que de los de una mujer. Miré fijamente al niño, y al ver su rubor, comprendí que no me había engañado. El viejo había trocado el nombre y el traje de su hija. Víctor, o mejor dicho, Victoria, era una bellísima joven que me amaba y de la que yo había hecho mi ídolo sin sospechar. Ahora me explicaba la influencia misteriosa que ejercía

sobre mí, por qué me sometía con placer a todos sus gustos, por qué vivía contento allí. Desde el momento en que había una mujer en la isla, ya podía comprenderse que se encerraban en ella los encantos del mundo entero.

La comida fue triste, el anciano no hablaba y Victoria y yo sosteníamos un diálogo con los ojos, haciéndonos confidencias, enviándonos promesas y suspiros y jurándonos eterno amor.

Arrojé al suelo el licor verde que me fue servido y perdoné al padre que quería asesinarme por afecto a la hija.

¡Cuántas veces burlamos la vigilancia del anciano para vernos a solas! Victoria confirmó lo que había yo sospechado y nuestros coloquios de amor no tuvieron fin.

Ya no me importaba haber muerto para el mundo, ni mis estudios inútiles en aquel desierto, ni las zozobras pasadas. Amaba y era amado, ¿qué más podía desear? Sí, era amado como jamás lo fue mortal alguno, por una mujer que no había conocido a otro hombre ni había de tratar a ninguno nunca.

El anciano supo al fin nuestras relaciones. Se mostró muy afectado al principio, pero al cabo nos perdonó.

—Tenía que ser así —dijo—; en balde quise hacer de mi hija un hombre sin corazón; el amor germina en todas las almas y bajo todos los climas, y la mujer es siempre mujer. Quiérela mucho, Gerardo, y después de mi muerte, cuando te falten mis consejos, considérala lo mismo que hoy.

Desde entonces, el padre de Victoria cambió totalmente y me trató con el mayor afecto. Con él he aprendido mucho, todo lo que un hombre puede estudiar, excepto el medio de salir de esta isla; ninguna barca nos llevaría lejos, y son tantos los escollos que hay en este sitio, que con toda certeza naufragaríamos.

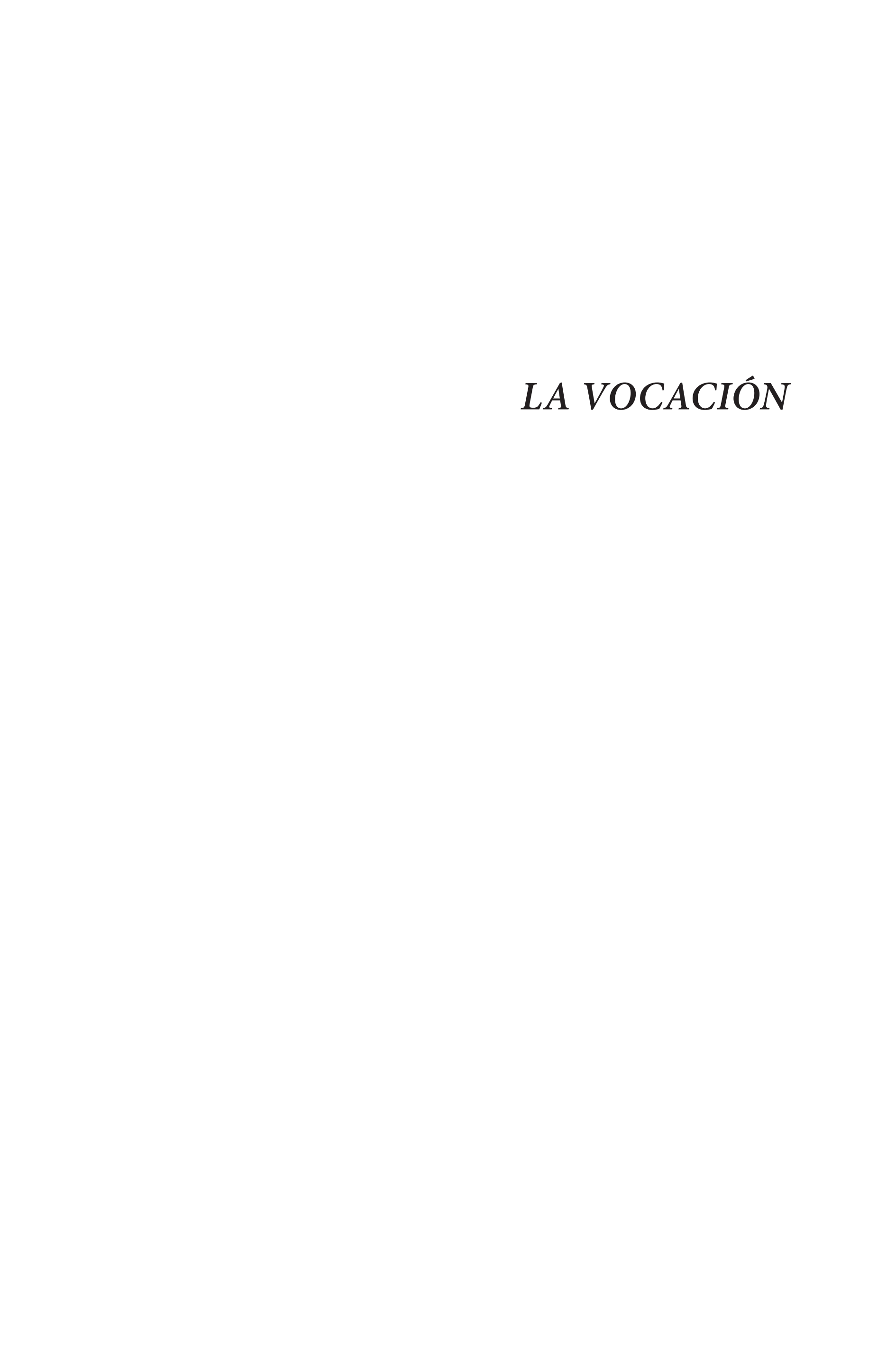
No importa. He aquí el Paraíso terrenal; para nosotros no hay más mundo que este nido, donde somos felices porque nos amamos. Solo tiene un inconveniente; no somos inmortales, y el fin del primero traerá la desesperación a los otros.

Este manuscrito lo dedico a mis padres, voy a encerrarlo en una botella, única que tenemos; a falta

de lacre la cubriré con una resina que he visto lo puede sustituir, y luego la arrojaré al mar.

Si Dios quiere que ellos sepan que vivo y soy dichoso, la hará llegar más o menos tarde a sus manos; si no, me llorarán perdido para siempre, y sus oraciones aumentarán mi ventura. No los olvido, y Victoria y yo los amamos y bendecimos con todo nuestro corazón».

Después de estas líneas, Gerardo Ávalos había firmado el manuscrito, poniéndole luego la dirección de la casa de su familia, donde, como hemos dicho al principio, lo había llevado el pescador.



LA VOCACIÓN

I

El cura del pueblo de C... vivía con su hermano, militar retirado, con la mujer de este, virtuosa señora sin más deseo que el de agradar a su marido, y con los tres hijos de aquel matrimonio, de los que el mayor, Miguel, contaba apenas diez y seis años.

El sacerdote Don Antonino tenía gran influencia sobre la familia, que nada hacía sin consultarle y al que miraba como a un oráculo; a él estaba encomendada la educación de los niños, él debía decidir la carrera que habían de seguir, tuviesen vocación o no, y en cambio de esta obediencia pasiva, Don Antonino se comprometía a costear la enseñanza de sus sobrinos y abrirles un hermoso y lisonjero porvenir.

Una noche se hallaba reunida la familia en una sala pequeña que tenía dos ventanas con vistas a la plaza; el militar leía en voz baja un periódico, su mujer hacía calceta; el cura limpiaba los cristales de sus gafas y Javier y Mateo, los dos hijos menores, trataban en vano de descifrar un problema difícil, mientras Miguel, con una

gramática latina en la mano, a la que miraba distraído, soñaba despierto escuchando una música lejana, que tal vez ninguno más que él lograba percibir.

—¡Qué aplicación! —exclamó de repente Don Antonino.

Los tres muchachos se sobresaltaron. Javier echó un borrón de tinta en el cuaderno que tenía delante, Mateo dio con el codo a su hermano para advertirle que prestase más atención, y Miguel leyó algunas líneas de gramática conteniendo a duras penas un bostezo.

—Tengo unos sobrinos que son tres alhajas —prosiguió el buen sacerdote.

Juan, el militar retirado, suspendió la lectura, miró a su prole, cuya actitud debió dejarle satisfecho, y esperó a que su hermano continuase hablando.

—Es preciso pensar en dar carrera a estos chicos, dijo Don Antonino; veamos, Mateo, ¿qué desearías ser?

—Yo —respondió el niño algo turbado—, quisiera ser médico, si no tiene usted inconveniente en ello.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? repitió el muchacho; mire usted, yo no sé bien porqué, pero se me figura que es porque los médicos se hacen ricos, y algunos hasta gastan coche.

—¿Y tú, Javier?

—Yo tío, con permiso de usted, quisiera ser poeta.

—¿Qué carrera es esa, niño?

—Yo no sé decir a usted; pero debe ser buena porque ellos cantan el cielo, la tierra, el mar y otras cosas más extrañas, y prueban a veces que ven lo que nadie ha visto, y que saben lo que los demás ignoran.

—¿Y tú, Miguel?

—Yo —exclamó alzando los ojos—, quiero ser militar como mi padre.

—¿Y por qué?

—Para alcanzar gloria, aturdirme con el estruendo de las batallas y llevar con honra el nombre de ustedes, que es el de muchos valientes.

Don Antonino movió la cabeza en señal de desaprobación.

—He aquí —dijo al cabo—, tres chicos que no conocen su verdadera vocación. He visto los progresos que han hecho en sus diversos estudios, y aseguro que Mateo hará un excelente arquitecto, Javier un erudito maestro de escuela y Miguel un buen sacerdote. Estas son las carreras que deben seguir, si su padre no se opone a ello, que no creo me de ese disgusto.

—Hágase todo como deseas —contestó Juan.

Mateo y Javier parecieron conformarse y volvieron a estudiar su problema; en cuanto a Miguel, cogió con distracción su libro, en el que no fijó los ojos, clavando su mirada no en el cielo, para ganar el cual, su tío iba a educarle, sino en la ventana de una casita en la que brillaba una luz y en cuyo interior sonaban todavía los dulces acordes de un piano.

Entretanto decía el buen cura:

—Ya ves, Juan, qué contentos están los chicos; he acertado su vocación.

II

No era costumbre desobedecer a Don Antonino, y los niños siguieron los estudios elegidos por él, sin que ninguno de ellos replicase; pero si el sacerdote hubiese visto a solas a los muchachos, hubiera observado que Mateo se escapaba de su casa para ir al hospital a acompañar al médico en sus visitas diarias, que Javier emborronaba cuartillas escribiendo renglones desiguales, y que Miguel vestía el viejo uniforme de su padre, que manejaba sus armas, y, lo que más le hubiera alarmado, que trazaba en las paredes y en el suelo con la punta de la espada un nombre de mujer: Margarita.

¿Quién era Margarita? Una joven, casi una niña, que vivía en la casa que miraba siempre Miguel, hija de un antiguo profesor de piano, actual organista de la iglesia de C... Se habían conocido hacía pocos meses y los dos se amaban sin darse cuenta de lo que sentían.

A pesar de que su pasión era un misterio para Miguel, que creía querer a la joven con un afecto fraternal, se oponía a la voluntad de su tío y pensaba rebelarse contra ella en cuanto se presentase una ocasión.

Así se pasaron los días, los meses y aún los años, y llegó una noche en la que Margarita y Miguel se declararon que se amaban y advirtieron con placer que el padre de la joven, lejos de oponerse a aquellos amores, los patrocinaba.

—Yo iré mañana a ver a tu padre para que te permita seguir la carrera que deseas y te cases con mi hija, puesto que se quieren, le dijo.

Aquella noche Don Antonino llamó a su sobrino mayor y le habló de esta manera:

—Ya has estudiado en C... cuanto podías para seguir la carrera eclesiástica; ahora es menester que partas para que acabes tus estudios.

—Tío, —replicó con firmeza el joven—, tiempo es ya de que usted se desengañe y sepa que he hecho esos estudios por complacerle y que estoy decidido a no ser sacerdote.

—¿Cómo? ¿He escuchado bien? —preguntó el cura.

—No tengo vocación para serlo; además estoy enamorado y quiero casarme con la mujer a quien amo.

—¿No hay más, piensas tú —prosiguió Don Antonino—, que decir eso para abandonar tu carrera? Nos has engañado vilmente, me has obligado a gastar mis ahorros y ese es un robo que has hecho a tus padres, a tus hermanos y a mí. ¿Qué carrera emprenderás ahora que nos has dejado sin recursos?

—Una que no costará a usted nada; mañana sentaré plaza de soldado. Quedo profundamente reconocido a las bondades de usted, pero no me encuentro con valor para renunciar al mundo. Tío, usted nació para ser eclesiástico y yo no; deje usted que cada cual siga sus inclinaciones y vaya por el camino que ellas le tracen.

—Tus hermanos tampoco querían ser lo que serán y me han obedecido.

—Tío, Mateo no será jamás arquitecto ni Javier maestro de escuela; el tiempo lo dirá.

Y el tiempo se encargó, en efecto, de realizar la profecía de Miguel.

III

Juan se encolerizó con su hijo apenas supo su determinación, no porque le desagradase que Miguel fuese soldado, sino porque al serlo desobedecía a Don Antonino. La madre quiso disuadir al joven de su empeño, pero tampoco logró nada. En cuando al organista y a su hija, no se atrevieron a rogarle que se quedase en el pueblo, porque al complacer al cura tenía que renunciar para siempre a Margarita.

Esta y Miguel se juraron un amor eterno, y el joven se alejó del lugar, prometiendo a su amada no volver hasta que fuese digno de alcanzar su mano.

Una semana después, Javier abandonaba su casa huyendo a la corte en busca de aventuras. Mateo era, por lo tanto, el único hijo que le quedaba al desgraciado Juan.

Este y su mujer, alarmados por la ausencia de Miguel y la fuga de Javier, decidieron dejar a Mateo seguir la carrera que desease, y el muchacho, al cabo de algunos años, fue médico, contra la voluntad de su tío, que

sostenía siempre que el chico tenía disposición para ser un gran arquitecto.

Miguel escribía con frecuencia a sus padres y a Margarita. Gracias a su trabajo y a su buen comportamiento, el joven había llegado a ser oficial, y solo esperaba ganar el grado de capitán para volver a su pueblo y casarse con la hija del organista.

En cuanto a Javier, nadie había vuelto a saber de él, ni aun su hermano Mateo, por el que tenía marcada predilección.

Hacía bastantes años que ambos jóvenes habían abandonado su país, cuando llegó a este una nueva, que llenó de espanto a Juan y a su familia. Había estallado la guerra civil, y uno de los regimientos mandados para apaciguar la insurrección era aquel del cual era Miguel teniente.

Muchas promesas hizo la madre, no pocas hizo la novia para que la Virgen le librase; y la primera noticia que de él tuvieron fue que en un encuentro habido con las tropas rebeldes se había portado con tanto valor, que había obtenido el deseado grado de capitán.

IV

Poco después fue adversa la suerte al pobre joven. Hecho prisionero en una emboscada que hábilmente preparó el enemigo; él y muchos de sus compañeros fueron traidoramente encarcelados, juzgados en consejo de guerra y sentenciados a muerte, debiendo ser fusilados en una explanada dos días después de dicha sentencia. La víspera por la noche, Miguel y sus compañeros, que eran en su mayor parte soldados, se hallaban reunidos en la habitación más elevada de un castillo. Algunos escribían a sus familias y sus novias, otros meditaban tristemente: los menos, dormían.

Miguel, asomado a una ventana, apoyadas las manos en los cruzados hierros, pensaba en su tranquila infancia, en sus padres, en sus hermanos, en su tío, en la mujer por la que había buscado la gloria y ambicionado la fortuna, en su risueño hogar, en todo aquel pasado tan hermoso.

—¡Y morir así, murmuraba, prisionero, sin hallar quien me defienda ni me ampare, ver insultado mi nombre por el enemigo! Si hubiera muerto en una acción

de guerra, no me lamentaría de mi suerte. Eso buscaba: o la muerte o la fama. ¡Padre, padre! —prosiguió—, yo no fui para ti el hijo sumiso que anhelabas, falté a tu voluntad, me opuse a tus deseos, y Dios me castiga cruelmente. Y tú, madre de alma, ¿cómo resistirás esta pena? ¿Pasaste tanto por mí, para que hallase tan triste desenlace mi existencia? ¿No he de encontrar un medio de morir con honra?

Y el joven sacudía los barrotes de la ventana, contemplando con envidia el abismo que se abría bajo ella. Allí pasó la noche, pálido, agitado, sin escuchar apenas al sacerdote enviado para prepararle a morir.

Al fin la luz del alba, que empezaba a iluminar débilmente la tierra, le sacó de su estupor; entregó al cura las cartas que la tarde anterior había escrito para su familia y aguardó con indecible angustia que fueran a buscarle para la terrible ejecución. La hora se acercaba, ya no habla medio de salvarse.

—¡Madre de los Desamparados, santa patrona de mi bendita tierra —pronunció en voz baja y con acento desesperado—; si me libras de esta muerte ignominiosa, prometo consagrarme para siempre a tu Divino Hijo!

Después se quedó sereno y esperó con más resignación la hora de su muerte. Las seis sonaron en el reloj del castillo, entraron en el algunos soldados y dieron orden a los prisioneros de ponerse en marcha. Todos obedecieron, mudos y sombríos, atravesaron corredores, bajaron estrechas escaleras, salieron de la prisión y se dirigieron a la explanada, en la que aguardaban más soldados y oficiales rebeldes.

Debían fusilar primero a los jefes, y Miguel estaba designado para morir el cuarto.

Vendaron los ojos a los dos primeros, uno después de otro; hicieron fuego, y cayeron aquellos valientes; iban a hacer lo propio con el tercero, cuando llegó un ordenanza con un pliego que entregó a un oficial. El contenido de este era que las tropas leales se acercaban para salvar a seis compañeros indefensos; y era menester prepararse todos para el combate.

—Que tomen las armas contra los suyos —gritó un oficial—; vuelvan a su prisión entre tanto.

Así se salvó Miguel, pero lejos de combatir contra sus hermanos, halló medio de evadirse con otros soldados,

y ayudó con su arrojo a librar a los infelices prisioneros. Aún tomó parte en varios combates, y un año después de haberse salvado de una muerte segura, volvió al pueblo, donde participó a sus padres y a su tío su resolución de ser sacerdote. Viviendo en aquel lugar Margarita, Miguel no quería verla, para no desmayar en el cumplimiento de su deber, y así, mientras Mateo y su madre permanecieron en C..., Juan, Do Antonino y el joven salieron de allí por algún tiempo.

V

Una noche de estío se hallaban Mateo y su madre en una habitación del piso bajo de su casa, en aquella misma donde el anciano sacerdote decidió el porvenir de sus tres sobrinos al empezar esta historia. Como entonces, se oía a lo lejos el piano de Margarita, pero nadie lo escuchaba. Mateo leía y su madre hacía labor, sentados ambos junto a la mesa.

Serían las diez cuando un hombre se detuvo delante de la ventana, miró el interior de la pieza desde la plaza, obscura y solitaria, y murmuró con voz apenas perceptible el nombre de Mateo.

El médico lo oyó y también su madre; el primero se puso en pie tratando de reconocer aquel acento, la segunda no vaciló un instante y corrió hacia la ventana con los brazos abiertos, pronunciando estas palabras:

—¡Hijo mio!

Poco después Javier entraba en la casa y estrechaba contra su pecho a su madre y a su hermano.

Luego que escuchó la historia de Miguel, empezó la suya en estos términos:

—En busca de aventuras, soñando con la gloria, sin dinero, pero lleno de esperanzas e ilusiones partí de mi pueblo a pie, y me marché a Madrid, no sé cómo. ¿Quién recuerda ya las privaciones que pasé y los desengaños que sufrí? Trascurrió el tiempo, escribí, mis obras alcanzaron buen éxito: ¡fui poeta! Ustedes, encerrados en este lugar, no saben lo que embriagan los laureles, las alegrías que causa la vanidad satisfecha, el deseo realizado. Un día me acordé de que en este rincón del mundo, mis padres y mis hermanos llorarían mi ausencia: perdónenme si no fue en las horas felices de mi vida, sino en una en que sufrí una derrota, la primera, una de esas caídas de las que difícilmente se levanta uno. He venido aquí a buscar su cariño, sus consuelos; madre, soy desgraciado.

—¡Tú también! —exclamó ella—; sin embargo, has hecho tu gusto, ¿dónde está, pues, la felicidad?

—Los tres hermanos —prosiguió Javier—, teniendo en cuenta nuestras aspiraciones, hemos seguido la senda que nos habíamos trazado. Miguel ha sido militar, Mateo médico, yo poeta; el primero ha trocado el uniforme por

la sotana, impulsado por los sucesos; el segundo es un pobre doctor de aldea, que nunca irá en el coche con que soñó; yo un poeta escarnecido hoy, olvidado mañana; esto me prueba, madre mía, que la vocación no sirve para nada sin la bendición de los padres y la ayuda de la Providencia, y que bien dijo el que aseguró que la suerte no es de quien la busca, sino de quien la halla.

VI

Algunos años después murió Don Antonino, y Miguel fue nombrado para sustituirle, cura párroco de C... Dos días hacía que había llegado, cuando le llamaron para una boda; las amonestaciones habían corrido en vida del otro cura, y no quería el novio aplazar el casamiento por el cambio de sacerdote.

Cuando este salió al altar, los novios esperaban ya en el templo. La novia, si bien era muy hermosa, no se hallaba en la primera juventud. Iba vestida sencillamente de negro y estaba extraordinariamente pálida. El novio era un rico labrador de fisonomía bastante vulgar. Se decía que el matrimonio se hacía por conveniencia, porque la desposada habla quedado huérfana y sin amparo.

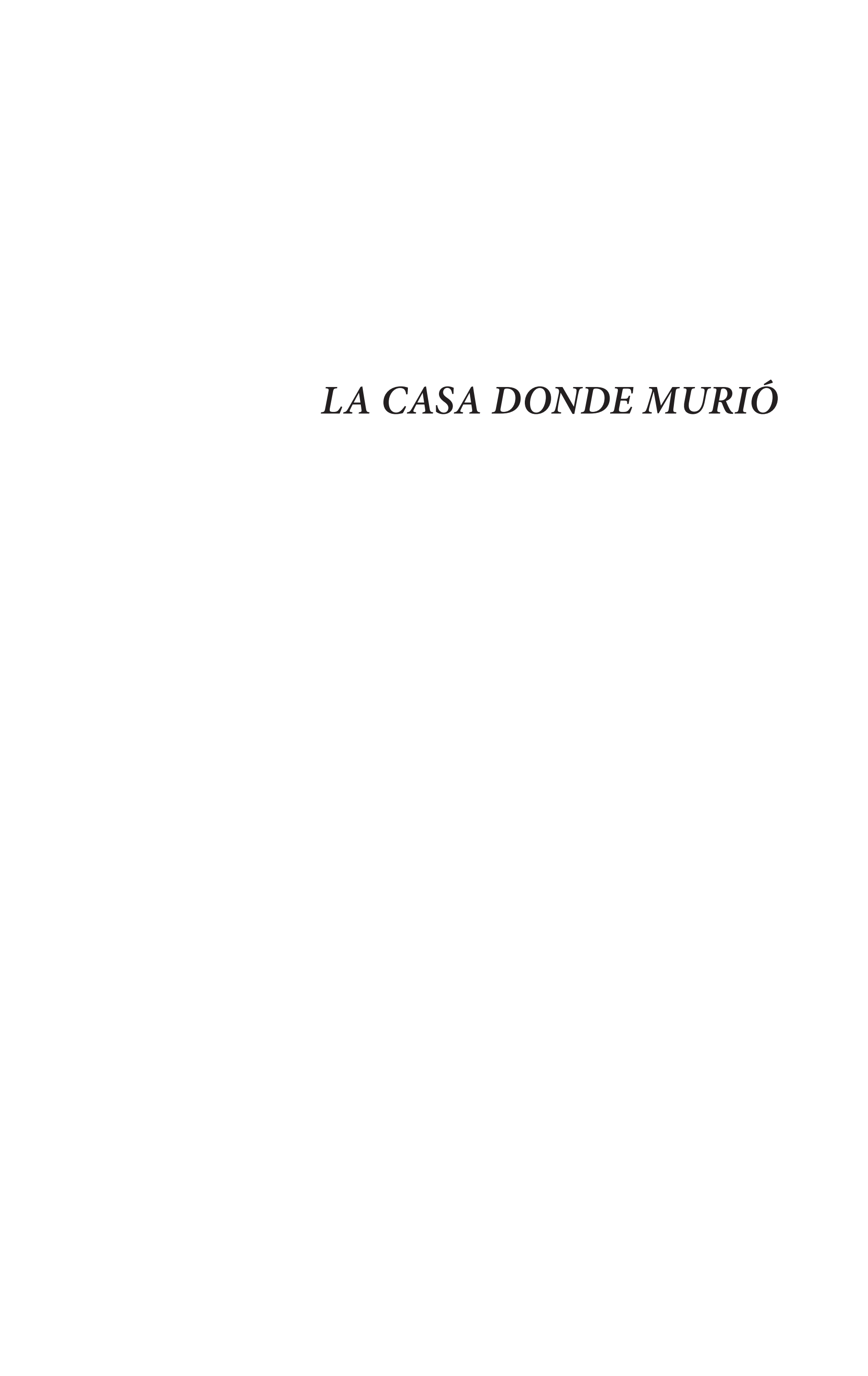
Cuando estuvo todo dispuesto, los novios se acercaron al párroco; ella alzó los ojos, fijándolos por un momento en el cura, llevó sus manos al corazón como queriendo contener sus latidos y se apoyó en el brazo de la madrina, que apenas tuvo tiempo de sostener a la joven para que no cayese al suelo. Miguel la miró un instante, en

sus ojos brilló un fuego extraño, pero calmó en seguida su emoción y esperó, al parecer tranquilo, que pasase el desvanecimiento de Margarita, pues era ella, para empezar la ceremonia.

La novia también se dominó por fin y se puso de rodillas junto a su prometido, que no observó que las manos de la joven temblaban, y que casi no se oía su voz ahogada por el llanto. El cura de C... casó a la única mujer que había amado en la tierra, y cuando hubo consumado el sacrificio, se retiró a su casa y se encerró en su cuarto.

Sacó un libro de oraciones para fortalecer su espíritu, y luego, en voz muy baja, como no queriendo escucharse ni él mismo, murmuró:

—Hoy he apurado el cáliz de la amargura uniendo a Margarita a otro hombre. Al hacerlo, he comprendido que ella me quiere todavía y que yo no la he olvidado todo lo que debiera. Es preciso que no nos veamos más en este mundo. El espíritu es débil en el hombre, que ha nacido para los goces de la tierra y anhela conseguir los del cielo. Mañana partiré de este lugar. ¡Madre de los Desamparados, santa patrona de mi bendito pueblo, creo que estarás contenta de mí!



LA CASA DONDE MURIÓ

I

Camino del pueblo de B..., situado cerca de la capital de una provincia cuyo nombre no hace al caso, íbamos en un carruaje, tirado por dos mulas, Cristina, su madre, Fernando el prometido de la joven, y yo.

Eran las cinco de la tarde, el calor nos sofocaba porque empezaba el mes de agosto, y los cuatro guardábamos silencio. La señora de López rezaba mentalmente para que Dios nos llevase con bien al término de nuestro viaje; Cristina fijaba sus hermosos ojos en Fernando que no reparaba en ello, y yo contemplaba la deliciosa campiña por la que rodaba nuestro coche.

Serían las seis cuando el carruaje se detuvo a la entrada del pueblo; bajamos y nos dirigimos a una capilla donde se veneraba a Nuestra Señora de las Mercedes, a la que la madre de Cristina tenía particular devoción. Mientras esta señora y su hija recitaban algunas oraciones, Fernando me rogó que le siguiera al cementerio, situado muy cerca de allí, donde estaba su padre enterrado. Le complací y penetramos en un patio cuadrado, con las

tapias blanqueadas, y en el que se observaban algunas cruces de piedra o de madera, leyéndose sobre lápidas mortuorias varias inscripciones un tanto confusas. En un rincón vi a una mujer arrodillada, en la que mi compañero no pareció fijarse al pronto.

Me enseñó la tumba de su padre, que era sencilla, de mármol blanco, y comprendí que no era únicamente por verla por lo que el joven había llegado hasta allí. Observé que buscaba alguna cosa que no encontraba, hasta que vio a la mujer, que era una vieja mal vestida y desgreñada, que le estaba mirando atentamente. Fernando bajó los ojos, y ya iba a alejarse, cuando la anciana se levantó y le llamó por su nombre, obligándole a detenerse.

—¿Qué desea usted, madre María? —le preguntó en un tono que quería parecer sereno.

—Lo de siempre —contestó la vieja, en cuya mirada noté cierto extravío—, preguntarte en dónde has ocultado a mi niña. Diez años hace que te la has llevado, bien lo sé, y hoy me han dicho en el pueblo que vienes aquí para celebrar tu boda con otra.

—No ignora usted, madre María, que su hija murió hace diez años y que yo pagué su entierro para que su hermoso cuerpo descansase en este camposanto. A mi vez le pregunto: ¿dónde se encuentra la tumba de la pobre Teresa?

—¿Acaso lo sé yo? Un día vine aquí, busqué la cruz que me indicaba el lugar donde me decían que estaba ella, y ¿sabes lo que vi? Un hoyo vacío, y un poco más lejos la tierra recientemente removida. Había cumplido el plazo, y como nadie cuidó de renovarlo y pagar, aquel rincón no pertenecía ya a mi hija y la habían echado a la fosa donde arrojan a los pobres, a los que entierran de limosna.

—¡Pero eso es una infamia! Yo envié dinero para esa renovación —exclamó Fernando.

—No digo que no, pero la persona a quien tú escribiste estaba gravemente enferma, en dos meses no abrió tu carta y entonces ya era tarde.

El joven bajó la cabeza y no replicó.

—¿Con quién te casas? —le preguntó la vieja.

—Con la señorita Cristina López.

—¿Y cuándo te casas?

—Dentro de tres días.

—Eso será si Teresa lo consiente; ella es tu desposada y no tardará en venir a buscarte.

—Madre María —dijo con tristeza el joven—, Teresa no puede venir; los muertos no salen de los sepulcros.

—Ya me lo dirás mañana temprano; por hoy vete en paz.

—Adiós —murmuró Fernando, dirigiéndose hacia la salida del cementerio, donde yo le seguí.

—Sin duda te habrá extrañado lo que acabas de ver y oír —me dijo apenas estuvimos fuera—; pero no será así cuando te cuente esa historia de los primeros años de mi juventud, que deseo conozcas en todos sus detalles. Vamos ahora con Cristina y su madre, que sin duda nos esperan ya; y luego, mientras ellas visitan la casa que hemos de habitar y en la que está mi tía, la futura

madrina de mi boda y por la que hacemos hoy este viaje, lo sabrás todo.

Cristina y su madre nos esperaban, en efecto, y juntos nos dirigimos a casa de la tía de Fernando, que estaba situada en la plaza del pueblo, haciendo esquina a una calle estrecha y sombría, en la que, sin saber por qué, entré con una profunda tristeza.

La tía del joven no me agradó; era una señora de unos cincuenta años, alta, delgada, con ojos grises muy pequeños, nariz larga que se inclinaba hacia su barba puntiaguda, y cabellos casi blancos recogidos en una gorra de color oscuro. Estaba muy enferma, y como había servido de madre a Fernando, este había suplicado a la señora de López que la boda se celebrase en el pueblo, para evitar a su tía las molestias de un viaje que, aunque corto; hubiera sido sumamente penoso para ella.

Mientras Cristina y las dos señoras visitaban la casa y recibían a los numerosos amigos que acudieron al saber su llegada, Fernando, que se había obstinado en no subir al piso superior, me llamó, me hizo sentar a su lado, y empezó la prometida historia en estos términos:

—Hace once años, cuando solo tenía yo veinte y había acabado la carrera de abogado en Madrid, mi padre me envió una temporada a este pueblo para que hiciese una visita a su única hermana, que es esa señora a quien acabas de ver. Era yo huérfano de madre, me había educado sin sus consejos, lejos también de mi padre, al que retenían fuera de su casa constantes ocupaciones; así es, que puedo asegurar que desconocía casi totalmente lo que eran los goces de familia. Aunque heredero de una mediana fortuna, no debía entrar en posesión de ella hasta mi mayor edad; tenía muchos compañeros de estudios, pero ningún amigo; por lo tanto, excusado es decir que, hallándome casi solo en el mundo, me apresuré a aceptar con júbilo lo que mi padre me proponía, poniéndome en camino para este pueblo con el alma inundada de dulces emociones. ¿Correspondió esto a lo que yo esperaba? Seguramente no. Mi tía, a la que no veía desde niño, me fue al pronto repulsiva, por más que se mostrara desde luego cariñosa y tolerante conmigo; el pueblo me pareció triste, a pesar de sus jardines y de las pintorescas casitas que hay en él; sus habitantes poco simpáticos, aunque todos me saludaban con afecto. Me dediqué a la caza, estudié un tanto la botánica, y así se pasó un mes, durante el cual llegué a reconciliarme con mi tía, con el pueblo y con sus moradores.

Una mañana, al volver a casa, encontré, al pasar por una de las habitaciones, a una muchacha de quince a diez y seis años, a la que nunca recordaba haber visto, cosiendo con el mayor afán. Al oír mis pasos alzó la cabeza, y aunque la bajó de nuevo casi en seguida, no fue tan pronto para que no hubiera observado que tenía una frente blanca y pura que adornaban hermosos cabellos castaños, ojos pardos que lanzaban miradas francas o inocentes, una boca pequeña, una nariz más graciosa que perfecta y unas mejillas coloreadas por un suave carmín. No le dirigí la palabra; pero pregunté a un criado quién era, sabiendo por él que venía a coser casi todos los días a casa de mi tía Catalina, que era huérfana de padre, que mantenía a su madre enferma, de la que era el único sostén, pues había perdido a sus tres hijos mayores, no quedándole más amparo y consuelo que aquella niña. La historia me interesó; yo era joven, la muchacha hermosa, no habíamos amado nunca; empezamos a hablar, sin que mi tía lo advirtiese, y acabamos por adorarnos. Teresa no había recibido una educación vulgar; hasta los doce o trece años había estudiado en el convento de religiosas del pueblo, saliendo de él a la muerte de su padre, acaecida hacía cuatro años.

No sé quién refirió a mi tía nuestros amores; ello es que los supo, que me amonestó con dureza, amenazándome con hacerme marchar a Madrid, después de escribírselo todo a mi padre; y desde entonces la joven no volvió a mi casa, y tuve diariamente que saltar las tapias de su jardín para verla y hablarla sin que su madre lo advirtiera, pues también se oponía a nuestras amorosas relaciones.

Así estaban las cosas, cuando hace poco más de diez años caí gravemente enfermo, atacado de unas calenturas contagiosas. Mi tía se alejó de mí, los criados se negaron a asistirme, y entonces María y Teresa se ofrecieron a ser mis enfermeras, no pudiendo oponerse mi tía a ello porque mi estado era cada vez más alarmante y exigía continuos cuidados. Desde el momento en que Teresa estuvo a mi lado sentí un dulce bienestar, la fiebre desaparecía por instantes; pero se me figuraba ver que las mejillas de mi amada tomaban tintes rojizos, que sus labios estaban comprimidos y ardientes, que sus ojos brillaban con un fuego extraño. La enfermedad que huía de mí, se iba apoderando de ella, y era mi mismo mal el que la devoraba.

—¿Qué tienes? —le pregunté.

—He pedido tanto a Dios que salvase tu vida a costa de la mía —murmuró la joven—, que me parece que por fin se ha dignado escucharme y me voy a morir antes que tú.

Aquello era cierto; por la noche Teresa se agravó tanto, que no pudo volver a su casa, y mi tía le ofreció su cuarto y su cama para que descansase; entonces estaba profundamente agradecida a los tiernos cuidados de la joven.

Excusado es decir que doña Catalina pensaba renunciar para siempre a su habitación y a su lecho, temiendo el contagio de la enfermedad.

Me restablecí pronto, a medida que el estado de la joven iba siendo peor. Estaba desesperado, loco. Su madre también empezaba a perder la razón. Un día me dijo el médico: «Ya no hay remedio para este mal». Y ella también murmuró a mi oído: «Me muero, pero soy feliz, porque tú me amas y me amarás siempre».

—¡Oh, te lo juro! —exclamé—; mi corazón y mi mano no serán de otra mujer jamás.

—Eso lo sé mejor que tú —dijo sonriendo dulcemente—; también sentiré celos desde otro mundo de la mujer a quien ames, y no consentiré que seas perjuro. No quieras a otra, no te cases nunca; no hay un ser en la tierra que pueda adorarte lo que yo, y yo te aguardaré en el cielo.

Dos días después espiraba aquella angelical criatura, que ofreció a Dios su vida a cambio de la mía.

Su madre se volvió loca.

Pagué el entierro de Teresa; compré una sepultura por diez años... ya sabes que hoy ignoro dónde descansa su hermoso cuerpo; envié una carta a mi tía, que no la leyó hasta dos meses después de cumplirse el plazo, porque ella también estaba enferma.

Decirte que durante estos diez años el recuerdo de Teresa me ha perseguido constantemente, sería faltar a la verdad; he amado a otras mujeres, y hace cuatro años estuve a punto de casarme con una hermosa joven; pero la desgracia hizo que un mes antes de verificarse nuestro enlace, los padres encontrasen un pretendiente a la mano de mi amada mejor que yo, y este me fue preferido por

ellos, y la novia tuvo que someterse a la voluntad de sus tiranos.

Hoy adoro a Cristina y quiero unir su suerte a la mía, como ya se han unido nuestras almas. ¿Lo conseguiré? Temo que no. La fatalidad me ha traído al pueblo donde vivió Teresa; habito... esta morada llena con su recuerdo; vengo a pasar los primeros días de mi matrimonio en la casa donde ella murió, y un secreto presentimiento me dice que Cristina no llegará a ser esposa mía. Ahí tienes la historia de mis amores: ¿crees que mi temor sea fundado, o que la exaltación en que me hallo es hija de mis pasadas desdichas?

Procuré tranquilizar a Fernando, y después; mientras el joven se reunía a su bella prometida, tuve deseos de ver aquella habitación donde Teresa había muerto, y me hice conducir a ella por un antiguo servidor de doña Catalina.

II

Entré en una sala lujosamente amueblada; pasé por allí sin detenerme apenas, y abrí la puerta de un gabinetito en el que estaba la alcoba donde murió la desgraciada niña. Un lecho de madera tallada, algunas sillas de tapicería floreada, una cómoda, un lavabo y algunos cuadros se veían en la pieza, todo cubierto de polvo, señal evidente de que aquella parte de la casa estaba abandonaba por completo. El gabinete tenía una sola ventana con vistas a la calle estrecha y sombría, a la que hacía esquina la casa de Fernando; enfrente de la ventana había un armario de espejo; a un lado de este estaba la puerta de la alcoba, al otro una mesita de escribir; algunas sillas iguales a las del dormitorio completaban el mueblaje del gabinete que diez años antes perteneció a la tía de Fernando.

Permanecí allí breves instantes, y luego, llegada ya la hora de la cena, fui en busca de la familia y de sus convidados, sentándonos todos a una mesa suntuosamente servida. La cena duró bastante tiempo, y antes de terminarla, un suceso imprevisto vino a turbar la alegría de algunos y a causar profunda impresión en

el ánimo de Fernando. Las campanas de la parroquia tocaban de una manera lúgubre; su voz, siempre triste, parecía una queja que hería nuestros oídos a la vez que nuestro corazón.

—¿A qué tocan? —preguntó Cristina a un criado que estaba cerca de ella.

—A agonía —contestó el hombre con tono indiferente—. Aquí en los pueblos, señorita, se toca por todo: cuando uno va a morir, cuando muere, cuando es el funeral y...

—¿Quién está muriendo? —interrumpió Cristina.

—Una joven de diez y siete años.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fernando, cuyo rostro estaba lívido.

—Teresa —dijo el criado.

Doña Catalina le lanzó una mirada furiosa; Fernando bajó los ojos, y observé que sus manos temblaban; en Cristina y su madre solo se advertía una profunda

compasión hacia la infeliz criatura que en lo más hermoso de su vida, en lo más florido de su juventud, iba a abandonar esta tierra por un mundo desconocido. Era Cristina tan dichosa, que pensaba que la humanidad entera debía participar de su ventura y no querer cambiarla por todos los goces celestiales.

Fernando, pretextando que el calor que en el comedor hacía era sofocante, pidió permiso para retirarse un momento a la habitación inmediata, y yo le seguí.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Se llama Teresa y tiene diez y siete años —murmuró.

—Es una casualidad.

—Una casualidad así, ¿no te parece un mal presagio tres días antes de mi boda?

Procuré distraerle, pero en vano; la campana lanzaba un tañido más fúnebre todavía y Fernando, que conocía aquel toque, me dijo que la enferma había dejado de existir.

Le hice entrar de nuevo en el comedor, y las dulces palabras de Cristina vencieron los temores de Fernando, que permaneció tranquilo hasta las doce de la noche, hora en que todos nos despedimos hasta el día siguiente, retirándonos cada cual a nuestras respectivas habitaciones. La mía tenía una ventana con vistas a la plaza y se hallaba situada debajo de la de mi amigo. Sin saber por qué, no me era posible conciliar el sueño; me puse a leer un rato, escribí otro, y, por último, me levanté y empecé a pasear con alguna agitación por la alcoba.

Un instante después noté cierto movimiento en la de Fernando, oí abrir varias puertas con sigilo, las pisadas que empezaron a sonar sobre el techo de mi cuarto se perdieron a lo lejos, y un secreto instinto me advirtió que mi presencia era necesaria al joven. Sin darme cuenta de mis acciones, salí precipitadamente en dirección al sitio donde murió Teresa.

Mi amigo se hallaba a dos pasos de la puerta del gabinete sin atreverse a abrirla. Al verme, no pareció extrañar que me hubiera levantado, como si fuera la cosa más natural del mundo, y extendiendo su mano hacia la habitación cerrada, me dijo:

—Hace diez años no entro ahí.

—Ni hoy entrarás tampoco —exclamé con decisión—. Tú estás loco y has empezado a contagiarme. No debiste nunca volver a esta casa, ni aun a este pueblo.

—Hace once años que mi tía es una madre para mí; once años que sé lo que es el amor filial; ¿querías que me casase lejos de ella?

—En buena hora; ya has cumplido con ese deber; ¿pero es preciso que entres ahí?

—Una vez sola —dijo en tono suplicante—; una sola para saber si Teresa permite que me case con Cristina. Mira —añadió—, si al entrar en su cuarto lo hallo todo como hace diez años, la cómoda, la cama, las sillas, me marcho tranquilo y soy feliz; si, por el contrario, encuentro alguna alteración...

—Eres un niño —le interrumpí—; pero si no deseas más que eso, entra, y la paz y la felicidad sean contigo.

Sabía, por haberlo visto por la tarde, que todo estaba igual en el cuarto donde murió Teresa, y no vacilé más, dejando pasar al joven al gabinete.

Fernando abrió la puerta, y murmuró:

—Hay luz dentro.

Me estremecí a pesar mío; un frío glacial se apoderó de mí, porque al entrar mi amigo y yo vimos clara y distintamente en la alcoba de Teresa un lecho mortuorio, cubierto de negros paños, algunos hachones encendidos rodeando un ataúd, en el que descansaban los yertos despojos de una hermosa joven vestida de blanco y coronada de flores. Al lado de ella velaba una mujer en la que reconocí a la madre María, la loca que hallé por la tarde en el cementerio.

Fernando lanzó un grito extraño y se dejó caer de rodillas ocultando el rostro con las manos; yo cerré los ojos, di algunos pasos y tropecé con la puerta de la alcoba. Miré entonces y vi el dormitorio obscuro y desierto.

—Estamos los dos locos —murmuré. Volví en busca de Fernando y lo comprendí todo. Por la tarde el criado había dejado inadvertidamente abierta la ventana del gabinete; ésta, como es sabido, daba a una calle estrecha, y en la casa de enfrente, en una pobre habitación, se hallaba el cadáver de aquella joven desconocida, velado

por la madre de Teresa. Tan triste cuadro se reflejaba en el espejo del armario colocado al lado de la puerta de la alcoba, y esto nos hizo suponer, a causa del estado excepcional en que Fernando y yo nos hallábamos, que aquel cuerpo inerte descansaba en la propia casa de mi amigo. La presencia de la madre María era natural allí, pues según acostumbraba a hacer desde la muerte de su hija, pasaba las noches al lado del cadáver de cualquiera joven que muriese en el pueblo. La que había dejado de existir era sobrina de la anciana y llevaba por eso el nombre de su hija.

Cerré la ventana y volví al lado de Fernando.

Le llamé repetidas veces y no me contestó nada.

Algo extraño e invisible ocurrió en aquella habitación; me pareció escuchar un confuso aleteo, se obscureció mi vista y tuve que apoyarme en el armario para no caer.

—¡La casa donde murió! —exclamó Fernando con voz apagada—; tenía que ser así. Amada mía, espérame, ya voy.

Recobré al fin mi sangre fría, hablé a mi amigo, cogí sus manos, que estaban yertas, y las separé de su rostro,

que parecía el de un muerto. Después salí corriendo para llamar a los criados en mi auxilio.

Media hora más tarde la señora de López, Cristina, doña Catalina, un sacerdote y yo, rodeábamos la cama donde descansaba Fernando.

—¡Cuánto duerme! —exclamó Cristina.

Me acerqué a él, hice una seña al sacerdote, y éste puso una mano sobre el pecho de Fernando, retrocediendo al punto, porque el corazón de mi amigo no latía.

—¿Qué hay? —me preguntó doña Catalina; y comprendiendo lo que pasaba añadió:

—Era lo único que me quedaba en el mundo; cúmplase la voluntad de Dios.

El sacerdote pronunció en voz baja algunas oraciones.

Me volví hacia la puerta y vi a la madre María que, no sé cómo, se había introducido hasta allí.

—Mi hija es feliz —murmuró—; me ha dicho que Fernando y ella se han desposado ya; sabía que esto no

sucedería hasta que él viniese al cuarto donde Teresa estuvo enferma, a la casa donde murió. Diez años he aguardado; ¡alabado sea el Señor, que al fin me ha concedido esta ventura!

“Algo extraño e invisible ocurrió en aquella habitación; me pareció escuchar un confuso aleteo, se oscureció mi vista y tuve que apoyarme en el armario para no caer...

Colección
Lima Lee

